

CANTO A MARIA ⁽¹⁾

¡ Venid á meditar! Ya muere el día:
 Ya, mediador entre la luz que cae
 Y la sombra que asciende, nos envía
 Tenue fulgor crepúsculo indeciso,
 Que á nuestras almas fatigadas trae
 Olvido del bullicio de la tierra,
 Memorias de la paz del Paraíso.
 ¡ Qué dulce languidez la tarde encierra,
 Qué de contrastes de ansiedad y calma!
 ¿ No son recuerdos, rápidos acaso
 Pero vivaces, de la patria ausente
 Que tierna aguarda en su regazo al hombre,
 Esas tristezas íntimas del alma,
 Esa infinita aspiración sin nombre
 Que ensancha nuestro sér? Nada hay ahora
 Al corazón sensible indiferente:
 La sombra, que los valles descolora,
 La lobreguez del enlutado Oriente,
 El fugaz brillo del abierto ocaso,
 En donde el sol, guerrero refulgente,
 Rinde ya casi su triunfante paso;
 De rojos nimbos la voluble fila
 Que sobre el fondo límpido y sereno
 Las islas aparenta y la ribera
 De un mar inmenso, de bonanza lleno;
 La luna, del silencio mensajera,
 Que entre las gasas de Occidente oscila;

(1) Escrita y publicada hace veintidós años, esta composición es reproducida hoy por primera vez, con sorpresa del autor, que apenas ha tenido tiempo de revisar en tiras de impreata su pobrísimo ensayo de adolescente, y que, reconociendo como nadie las muchas redundancias é impropiedades que lo afean—*ignorantiae juventutis*,—no conviene en la reproducción sino cediendo á íntimas razones de piedad y de amistoso afecto.—Octubre de 1909.

Algún lucero trémulo que arroja
 Mano invisible á la callada esfera;
 La errátil aura, que plegando el ala,
 Primero que á los bosques se recoja,
 Del lago azul sobre la faz resbala
 Y, meciendo los sauces del camino,
 Del polvo de la tarde los despoja;
 Y esos vagos y múltiples rumores
 Que en un largo sollozo se confunden,
 Y al alma del absorto peregrino
 Mezcla de asombro y de esperanza infunden;
 Y aquel pausado y religioso acento
 Que á recordar el último destino
 Se escapa de las torres por el viento,
 A la oración llamando y al reposo,
 Misterio difundiendo en cuanto existe,
 Y en el polvo también.... todo es hermoso,
 Todo es hermoso, pero todo es triste.
 La materia servil se transfigura
 Y animada de espíritu un momento
 Palpita y se conmueve.

¿ Y tú, entre tanto,
 Hombre! inmortal! la predilecta hechura
 De quien los soles por alfombra tiene,
 ¿ Tú negarás de tu oración el canto,
 Tú, á quien gustar y dirigir conviene
 Este concierto misterioso y santo?
 ¡ Despiérta! El Universo es un salterio:
 Vibra en concierto de inefables notas
 Del alma libre al poderoso imperio;
 La música en los seres escondida
 Sólo al contacto de las almas brota.
 Venid, venid á meditar, creyentes!
 Los que, á la luz que en vuestros pechos arde,
 De aquella patria mística remota

Vislumbres veis en moribunda tarde,
 Cual las líneas del suelo hospitalario
 En la bruma distingue el marinero
 Por alta mar perdido y solitario.
 Oh! que esa luz el áspero sendero
 De la existencia á iluminaros viva,
 Sin que jamás del alma en el santuario
 De insano viento la impresión reciba!

Hora dejad la villa populosa :
 Del mundo desprended los corazones
 Y al retiro venid, donde reposa
 El ánimo sedienta de emociones.
 ¡Oh! mirad hacia el campo. Este es el día
 Que consagró la cristiandad devota
 Al fervoroso culto de María.
 Mirad las chozas de la pobre aldea
 Entre sus huertos de esmeralda; bruta,
 Los pajares lamiendo, el humo vago;
 La adulta mies temblando amarillea.
 Sobre el juncal del taciturno lago
 Leves las garzas vuelan sin ruido,
 Al escuchar el toque misterioso
 En lejano peñón repercutido.
 Vuelto hacia atrás el yugo ponderoso,
 Ya sueltos van los fatigados bueyes
 Con lúgubre mugir, y en los apriscos
 Se oye el clamor de aprisionadas greyes.
 Crujiendo aún entre erizados riscos,
 En chispas lanza fugitiva lumbré,
 Fuerza al cobrar, la agonizante roza,
 Y rueda por las cuestas, con quejumbre,
 En desmayados témpanos la broza.
 De vuelta hacia el hogar, desde una cumbre
 La empezada labor mira el labriego:
 Sólo tres robles, de la selva reyes,

Perdonó el hacha; de erizado espino
 Y zarza, un bosque devoró ya el fuego;
 Bifurcó la corriente su camino
 Y á nuevos campos llevará su riego.

En tanto á los cansados labradores
 La humilde iglesia del poblado espera.
 La viva luz que ante el sagrario brilla
 En los pintados vidrios reverbera.
 Cestos llevando de variadas flores
 Se agrupa ya la multitud sencilla
 Con gozoso anhelar. Ya resplandece
 Al trémulo fulgor de blancos cirios
 Aquel altar que generosa mano
 Vistió de rosas y azucena y lirios.
 Y bien como en las noches de verano
 La casta luna súbito aparece
 Después que en gasas la ocultó una nube
 Que, herida por la luz, se desvanece,
 Así también la imagen de María
 Al recogerse silencioso el velo.
 Y entre el incienso, que ondulando sube,
 ¡Oh, vedla aparecer mirando al cielo!
 ¡Oh, vedla aparecer juntas las manos
 Sobre ese pecho generoso en donde,
 De amor sin par inextinguible fuente,
 El más benigno corazón se esconde!
 Ya ruega el sacerdote reverente
 Con grave acento y á la par sonoro,
 Y en fervorosa confusión responde
 De niños y de vírgenes el coro :
 La multitud de huérfanos y ancianos,
 De los que el mundo proscribió, de aquellos
 Que tienen en sus horas de amargura
 Sólo memorias de sus años bellos.
 ¡Oh grata confusión! ¡Con qué ternura
 La augusta voz del paraninfo suena,

Cual otra vez, en celestial aviso,
 De Nazaret en la mansión serena :
 “Dios elegirte para Madre quiso,
 Dios te salve, mujer, de gracia llena !”
 —“Ay! por el pobre pecador, ahora
 Y en la hora terrible de la muerte
 Ruéga, Madre de Dios, ruéga, Señora!”
 Ella hacia Dios, con ansiedad convierte,
 Hechos al llanto, suplicantes ojos;
 Ella, que compartiendo nuestra suerte,
 Lloró también hondísimos enojos.
 Y ved, su pecho palpitar parece,
 Sus claros ojos anegarse en llanto
 Con que al Señor desarma y enternece;
 Y ved temblar sus labios virginales,
 Cuya sonrisa plácida mitiga
 Del sumo Juez los fallos eternos.
 Con voz que en vano repetir quisiera
 Lengua mortal, “¿Desecharás, exclama,
 Dulce Jesús, el íntimo lamento
 Del dolorido pueblo que nos ama,
 Del pueblo que se postra en mis altares,
 Para aliviar sus penas, recordando,
 Tú lo sabes, Jesús, nuestros pesares?”
 Calla, y su ruego reverente y blando
 Penetra en la región del firmamento,
 Y en acordes de angélica armonía
 Los ecos flotan de su dulce acento.
 El clamor escuchando que le envía
 La pudorosa Virgen Galilea,
 Mueve el Señor la diestra soberana
 Y en voz exclama prepotente: “Sea,
 Como quieres, Mujer.” Abrese luego
 El arca eterna de inmortales dones,
 Y baña al punto fecundante riego
 Los yermos y postrados corazones.

Y el alma triste, el alma delincuente
 A quien tenaz remordimiento oprime,
 Sin que una luz su oscuridad ahuyente,
 Sin que una voz á levantar la anime,
 Ya se prosterna ante el altar contrita,
 Ya cobra la perdida confianza;
 En el erial donde cayó marchita
 Ya renace la flor de la esperanza.
 Entre el rumor de las plegarias sube
 Del órgano el preludio... ¡Qué de notas
 Del pecho en lo recóndito despierta,
 Qué de ternuras místicas ignotas
 Mueve en el alma atribulada ó yerta
 Ese lenguaje sin palabras!... Ora
 Vagos recuerdos de dichosos días
 Que nunca volverán; presentimiento
 De futuras, eternas alegrías;
 Y á un tiempo mismo súplica y lamento,
 De la apiñada turba se desprende,
 Como la niebla de agitados mares,
 Un clamor solo, que mezclado asciende
 Al humo que se ofrece en los altares.
 “¡Oh Reina, salve! el mísero proscrito
 Por este valle de amargura y luto,
 A ti levanta, sollozando, el grito!
 Vida, dulzura y esperanza nuestra,
 Vuélve á la tierra tus amantes ojos,
 Vuévelos, sí, y al bendecido fruto
 De tus entrañas, á Jesús, nos muestra
 De esta vida mortal tras los enojos,
 ¡Vida, y dulzura, y esperanza nuestra!”
 Ella en toda ocasión y en todo clima
 Es la esperanza de los tristes: ora
 De la coyunda bárbara redima
 Al que en mazmorra solitario llora;

O de agría roca en la desierta cima
 Se muestre á la inocente labradora
 En vaporosa, nívea vestidura,
 Y haga brotar del arenal sediento
 Fresco cristal, cuya corriente pura
 Hondas miserias curará sin cuento;
 O ya naciones estrechar consiga
 A lucha santa, en invencible enlace,
 Y de la fe con la potente liga
 Al agareno bárbaro rechace;
 O por las sombras de ignorado ponto
 Donde la humana intrepidez vacila
 Conduzca tres inermes carabelas,
 Y, sin zozobra entre peligros, lleve
 A ignoto mundo sus gastadas velas;
 O en él,—recuerdo que mi sér conmueve,—
 En miserable y olvidada ermita
 Hondas dejando de su amor las huellas,
 Ante asombrada multitud renueve
 En tosco lienzo sus facciones bellas;
 Siempre es al pobre que sin luz transita
 Por esta senda del dolor siniestra,
 Palma y oasis, báculo y lucero,
 ¡ Vida, y dulzura, y esperanza nuestra! ”
 ¡ Oh, yo también con los humildes quiero
 Sencilla ofrenda tributarte! Enciende
 En casto amor mi corazón, Señora,
 Y á mis rendidas súplicas atiende,
 Y ya otra vez, como en la casta aurora
 De nuestra infancia candorosa y pía,
 Con el tierno fervor que reza y llora
 Se exhale de mi cuerpo el alma mía!
 Mas sin que el puro fuego que ante el ara
 Quemó los labios del profeta un día
 Estos consagre, celebrarte osara,
 A ti, Madre de Dios, del cielo puerta,

A ti, la Soberana, á ti la pura,
 Flor á la sombra del santuario abierta?
 ¿ A ti, la excelsa, que de sierva oscura
 A Reina fuiste levantada? Ahora
 Grande y feliz el Orbe te apellida,
 De tierra y cielo y de la mar Señora;
 Y tus loores á entonar convida
 En todo clima, próximo ó lejano,
 El clamoroso bronce, en este instante,
 Del Tibre al Rin, del patrio Magdalena
 A los confines últimos de Atlante.
 Y el arte, el arte celestial, que en vano
 Caterva ruin envilecer pretende,
 Que en formas graves lo inmortal revela
 Y en lo invisible su entusiasmo enciende,
 A tu gloria sus mármoles cincela
 Tus formas trasladando virginales,
 Y henchidas de tu nombre sacrosanto
 Palpitan las esbeltas catedrales....

Ya cesa la oración y acaba el canto
 El canto de la tierra; no el del cielo
 Bajo dosel de refulgentes nubes,
 De rosas sin espinas coronada,
 De vírgenes, de justos, de querubes
 Oyes allí la música acordada.
 Ay! ante el coro triunfador celeste
 Cuán mezquinos los cantos de la tierra!
 Mas no por eso los desoigas: éste,
 Que no la sed de aplauso lisonjero
 Pudo dictar, ni de fugaz grandeza
 Loca ambición, sino mi amor sincero,
 Este humilde tributo de alabanza,
 Benigno, sí, tu corazón reciba:
 Y si tu gloria á sustentar alcanza,
 ¡ Aun muriendo el cantor, que el canto viva!